

JOSE MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

NOTICIA DE «LA MUSA NUEVA/FLORILEGIO DE RIMAS MODERNAS» (1908), SEGUNDA ANTOLOGÍA DEL MODERNISMO ESPAÑOL

Se trata de un volumen a la rústica y en cuarto, con poco más de doscientas páginas (XIV+200), cuya impresión se terminó el 20 de junio de 1908 y cuya venta corría a cargo de la librería de Cecilio Gasca (Coso, 33, Zaragoza) —según reza la portada— y de la librería de Pueyo (Mesonero Romanos, 10, Madrid) —según reza la cubierta—. En ésta figuran el título y subtítulo dichos, mientras que el segundo de ellos va de otro modo en la portada: «Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Eduardo de Ory (...)». Su precio, 3 pesetas.

Tras el índice del volumen, la dedicatoria —homenaje a cuatro poetas incluidos en la antología y muertos antes de su aparición¹— y un prólogo, del que importa retener aseveraciones como las dos siguientes: 1.^a, el reconocimiento de la capitania de Salvador Rueda respecto de la «nueva primavera lírica» española, «una legión de trovadores, a cuya vanguardia figura S. R. —el más vibrante, el más sonoro, el más sabio exaltador del verso nuevo (...)»²; 2.^a, una más que sumaría caracterización del arte nuevo, que «es todo sinceridad», sostenido por jóvenes cuyo quehacer literario, inspirado y libérrimo, merece al antólogo juicio favorable— «(...) construyen sus renglones líricos quizá, y sin quizá, con más *gusto* y con más inspiración que aquellos otros que para hacer una simple redondilla tenían delante la *Poética* de Horacio».

En otros pasajes del prólogo declara Ory el motivo que le ha impulsado a reunir este florilegio, «libro de rosas, de ideales, de ensueños» o conjunto de «páginas de juventud, de entusiasmo y afanes de gloria», que no es otro sino completar la antología publicada por Emilio Carrere dos años antes y titulada *La Corte de los Poetas*, primera antología del Moderno hispánico (español e hispanoamericano)³ en la cual «faltaba un núcleo de portadoras de verdadero mérito», acaso por-

¹ Se trata de Pepita Vidal (fallecida en 1908), Luis Ram de Viu, Barón de Hervés (1906), Joaquín Alfaro y Antonio Basol.

² Contrasta dicho reconocimiento con la habitual indiferencia y hasta menosprecio de los poetas modernistas hacia la tarea cumplida por Salvador Rueda, tal como documento en mi artículo «Salvador Rueda y el Modernismo» (*Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, XXXIV, 1959, págs. 41-61).

³ Puntualmente la estudio en mi artículo «Noticia de la primera antología del Modernismo hispánico» (*Archivum*, Oviedo, XXVI, 1976, págs. 33-42 del tomo segundo del homenaje a Carlos Clavería).

que el antólogo Carrere no supiera de su existencia; Ory está conforme por lo demás con la aceptación que dicho libro obtuvo⁴ y sólo aspira a que el suyo cumpla una función de complementariedad.

¿Quién era Eduardo de Ory? A la altura de 1908, un escritor joven (veinticuatro años), prosista y poeta, residente en el Cádiz natal, animador allí de revistas, academias, tertulias y lecturas; en relación epistolar con bastantes colegas españoles e hispanoamericanos de variada edad y estética —ejemplo de ello son: Emilio Ferrari⁵, Manuel Reina⁶, Palacio Valdés⁷, Enrique Gómez Carrillo⁸, Amado Nervo⁹ o Juan Ramón Jiménez¹⁰—. Gustosamente retirado en la provincia, no figuraba Ory en la plana mayor del Modernismo militante agrupada en torno a las revistas *Helios* (1903) y *Renacimiento* (1907), pero opinó en la encuesta acerca del Modernismo promovida por Gómez Carrillo en *El Nuevo Mercurio* durante el año 1907 y sus respuestas —«El Modernismo (...) es una renovación de los antiguos moldes y está aún en la primera época de su desarrollo, y, por tanto, no puede definirse acertadamente.» «El Modernismo avanzará hasta convertirse en una secta, o pasará dejando una huella, como el romanticismo»— le valieron ser incluido en el librito de Antonio de Valmala, *Los voceros del Modernismo* (1908), declaradamente antimodernista, cuyo autor denomina a Ory, «golondrino todavía en cañones» que «está ensayando sus primeros pinitos en la sinfonía policorde del orfeón modernista» (pág. 30). Nuestro antólogo era en 1908 autor de varios libros de verso —*Aires de Andalucía* (1904), con prólogo del hispanista Juan Fastenrath, entre ellos— y, trabajador entusiasta y sin desmayo, publicaría después de *La Musa Nueva* más libros de verso, otras antologías —de la poesía co-

⁴ A los testimonios que aduzco en mi citada «Noticia...» de esta antología añado aquí el del propio Eduardo de Ory en su libro *Desfile de almas (Sensaciones)*. (Cádiz, 1909), páginas 32-37, donde la considera «libro de oro de la juventud soñadora», «digna de figurar en las mejores bibliotecas» y merecedora de «ser consultada, si se quiere saber del movimiento literario actual».

⁵ A quien remitió ejemplar de su libro *Ecos de mi lira*, a quien pidió en vano prólogo para otro libro suyo, a quien invitó a colaborar en el primer número de una revista que en 1903 proyectaba sacar —«en dicha revista escribirán distinguidos escritores y siendo usted uno de los de más valer, creo que debo invitarle»— y a quien se ofrece desde su domicilio en Cádiz (Alameda, 18).

⁶ Impreso en Cádiz, sin año (pero 1916), Ory publicó el libro titulado *Manuel Reina. Estudio biográfico*, muestra no sólo de rendido entusiasmo, sino también de una entrañable relación amistosa; en sus páginas se incluye el texto de cartas dirigidas por Reina a Ory.

⁷ Vid. la página 3 del número 31 (5-VIII-1945) de *La Estafeta literaria*, con tres cartas de Palacio Valdés a Ory, fechadas en 1922 (dos) y 1932.

⁸ Vid. la página 3 del número 22 (28-II-1945) de *La Estafeta literaria*, con cuatro cartas (sin fecha, desde París [tres] y Buenos Aires) y dos tarjetas de Gómez Carrillo a Ory. La amistad entre ambos fue siempre excelente y en la necrología escrita por Ory a la muerte del guatemalteco se lee: «Pocas veces en la vida sentí tan dolorosa impresión. Y es que la amistad que nos unía desde 1907, siempre afectuosa y cordial, y mi entusiasta admiración por su grandiosa obra literaria, eran motivos más que suficientes para ello.» En 1909 (París, Muillot), Ory publicó el folleto *Los maestros jóvenes: Enrique Gómez Carrillo*.

⁹ Vid. la página 3 del número 25 (25-IV-1945) de *La Estafeta literaria*, con ocho cartas (casi todas fechadas en 1917, Madrid, Legación de México; Ory era cónsul de este país en Cádiz). En 1918 (Cádiz, Editorial España y América), Ory publicó el folleto *Amado Nervo (estudio biográfico)*, que para Emilio Bobadilla («Fray Candil») era un «panegírico efusivo», muestra de que «no es usted (Ory) crítico sistemático ni de aficiones científicas» (Bobadilla en carta a Ory: Biarritz, 6-V-1918, exhumada en dicha página 3).

¹⁰ Vid. la página 3 del número 27 (25-V-1945) de *La Estafeta literaria*, con cinco cartas (todas sin fechar, desde Moguer o desde Madrid: Conde de Aranda, 1), de Juan Ramón a Ory, que aluden a envíos recíprocos de libros —un ejemplar de *Arias tristes* para la biblioteca de éste— y revistas —la que con el muy modernista título de *Azul* saca el poeta gaditano.

lombiana y de la argentina— y algunos trabajos de crítica literaria entre periodística e impresionista —así *Desfile de almas* (1909), subtítulo «Sensaciones».

Entremos ya en el contenido de *La Musa Nueva*.

95 autores (el antólogo se incluye en el volumen); noventa varones y cinco damas; cuatro ya fallecidos y con vida y actividad, el resto. A diferencia de Emilio Carrere, Ory no recoge poetas hispanoamericanos. Orden alfabético —desde Abril (Manuel) a Zurita (Marciano)—; sólo un poema de cada autor, precedido de brevísima presentación bio-bibliográfica-crítica, insuficiente y deficiente a todas luces pues suele no ofrecer lugar y año de nacimiento, si el interesado publicó libros (y cuántos y cuáles).

Si repasamos ahora lugares de nacimiento¹¹ encontraremos preponderancia numérica de andaluces (28 poetas), lo que se explica más subjetiva que objetivamente habida cuenta de que el gaditano Ory acaso fue víctima voluntaria del afecto a la región natal y conocería mejor, y más fácilmente desde luego, a los colegas geográficamente cercanos. Siguen el reino de León con 12 poetas, Castilla la Vieja con ocho, Castilla la Nueva con siete (seis nacidos en Madrid) igual que Aragón, y la escala desciende hasta un único nombre —caso de Asturias (Andrés González-Blanco), Canarias (Tomás Morales), el País Vasco (representado por el guipuzcoano Pedro Mourlane Michelena) y Cataluña (Magín Morera y Galicia)—. Quedan entremedias: Murcia (cinco poetas), Valencia (cuatro), Galicia (tres) y Extremadura (tres). Pero las diferencias temáticas y técnicas que cabe advertir entre los poetas integrantes de esta antología no tienen de ordinario su arranque en la naturaleza geográfica de los mismos y sólo en dos casos —los del murciano Maximiliano García Soriano y el malagueño José Sánchez Rodríguez, autores de poemas en dialecto (panocho y andaluz, respectivamente)— resulta evidente la relación poeta-patria chica.

Pasando a los años de nacimiento¹² de estos poetas, el espacio temporal con ellos acotado va desde 1853 —natalicio de Guillermo Belmonte Muller y Magín Morera y Galicia, dos poetas que parece no tienen que ver con el Modernismo, del que hasta por edad quedan alejados— y 1859 —natalicio de Antonio Zozaya, ocasionalmente escritor de versos y al que conviene cuanto acabo de indicar respecto a esos dos compañeros— hasta 1890 —natalicio de los más jóvenes del conjunto: Agustín Aguilar y Tejera, Fernando Fortún, Rafael Lasso de la Vega y Santiago Montoto, con dieciocho años entonces—. El mayor número de natalicios se coloca en la década 1870-1880, lo que da como resultado unos poetas que estaban a la sazón entre los treinta y ocho y los veintiocho años, algo más jóvenes que Rubén Darío (nacido en 1867) y que Salvador Rueda (nacido en 1861), aducidos ambos como los dos más caracterizados adalides del movimiento modernista. Los años capitales en la historia del mismo entre nosotros, aún sin hacer, —1902, según G. Díaz-Plaja ó 1905, según mi propuesta¹³, e incluso 1907, por la aparición de la revista *Renacimiento*—, sorprenden a estos poetas entrados ya en la madurez y sólo unos pocos poseen, dada su temprana edad, el ímpetu antañón necesario para intervenir en el combate empeñado a favor de la causa modernista.

Digo de la antología ofrecida por Eduardo de Ory lo que dije en otro lugar de la realizada por Emilio Carrere: ni están todos los que son, ni son todos los que están. Ory ha remediado ausencias existentes en *La Corte de los poetas*, incluyendo en la suya a Tomás Morales, Valle-Inclán y al modesto y bullidor Ma-

¹¹ Sólo he podido averiguar el de 71 de los 95 nombres incluidos en *La Musa Nueva*.

¹² Sólo he podido averiguar el de 53 de los 95 nombres incluidos en *La Musa Nueva*.

¹³ Vid. página 34 de mi «Noticia...»

riano Miguel de Val, pero Unamuno y Enrique de Mesa continúan estando ausentes y, con ellos, Antonio Andión, Pedro Luis de Gálvez, José García Vela, por ejemplo. Dejo los demás casos y me pregunto: ¿qué pasaba con Unamuno, el famoso rector de Salamanca, el prestigioso escritor, temido y mal visto por algunos, que en 1907 había sacado su primer libro de verso, *Poesías*? Acaso ni Ory ni Carrere le incluyeron en sus florilegios por atenerse ambos al declarado y visceral anti-Modernismo¹⁴ de poeta tan moderno o nuevo, tan distinto a lo entonces habitual¹⁵.

¿De quiénes se podrá decir que están en *La Musa Nueva* pero que no son modernistas? Mi respuesta consiste en una relación bastante nutrida que encabezan esos tres poetas de más edad —Belmonte Muller, Morera y Galicia, Zozaya— que atrás quedan aludidos. Sin más que utilizar sugerencias del propio antólogo en las líneas de presentación de cada poeta habrían de ser eliminados nombres como los de: José Almendros Camps¹⁶, Felipe Cortines Murube —«discípulo aventajado de Gabriel y Galán» (pág. 58)—, Esteban Fernández y González —ídem respecto de Zorrilla (pág. 63)—, Maximiliano García Soriano —cuya poesía «recuerda la del poeta murciano Vicente Medina» (pág. 74)— y Rodolfo de Salazar —en quien «parece revivir el espíritu lírico del gran Bécquer» (pág. 151)—, amén de otros —Zacarías Ilera Medina, Ricardo León, José Rodao, Manuel de Sandoval¹⁷— cuya inclusión extraña no poco habida cuenta de sus orígenes y hechos poéticos. Ory continúa, pues, la ceremonia de la confusión entre modernistas, no-modernistas y hasta anti-modernistas que Carrere había comenzado dos años antes.

Los nombres que han ido apareciendo en mi exposición resultan hoy, en buena parte, absolutamente desconocidos, merecidamente desconocidos, añadiría. Pero del casi masivo olvido destaca, más y menos según los casos y según el especialismo de quien los acoja, una treintena de nombres. Por una parte, los que fueron poetas circunstancialmente y ya entonces o tiempo después siguieron otros géneros literarios, donde la nombradía alcanzada fue mayor —es el caso de: Manuel Abril,

¹⁴ Alguna muestra del antimodernismo de Unamuno doy en mi artículo «Algunas referencias sobre el antimodernismo español» (*Archivum*, Oviedo, III, 1953, págs. 311-333).

¹⁵ Resulta significativo al respecto lo escrito por José Sánchez Rojas (revista *Vida intelectual*, Madrid, núm. 2: VI-1907, pág. 146) en su reseña de *Poesías*: «(...) del libro han hablado, no críticos oficiales, sino colaboradores independientes. Unamuno no es, para dicha suya, un compañero de la casa a quien se guarda toda clase de consideraciones, sino un hombre que molesta, que irrita, pero que se impone a la larga. Los poetas de oficio han callado: los tenores que cantan en todas nuestras óperas poéticas se empeñan en no sacar de la mano, para que reciba los aplausos del público, a este nuevo compañero que viene en son de lucha, imponiéndose y sin transigir con el oído africano de las gentes. Unamuno al ungirse él mismo poeta, llama renacuajos de lagunas estancadas, y seres preñados de ramplonería, a estos *colegas* que tienen monopolizado el secreto del buen ritmo y del decir elegante y poético».

¹⁶ Está en lo cierto Melchor Fernández Almagro cuando piensa (pág. 498 del tomo I de *Studia Philologica*, Homenaje a Dámaso Alonso, Madrid, 1960) que «el modernismo no le tocó a Almendros Camps, sino en el punto inevitable de una moda más presentida por él que adoptada».

¹⁷ El catedrático de Literatura Manuel de Sandoval y Cotulí empezó como poeta dentro de la escuela de Núñez Arce y auspiciado por Emilio Ferreri, prologuista en 1895 de su poema *Prometeo*. José María de Cossío (pág. 592 de *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, 1960) lo reputa «el último defensor de una manera poética del siglo XIX» y resultan harto significativas estas palabras del informe académico sobre su libro de poemas, *De mi cercano* (premio Fastenrath 1912): «No tocado ni en lo más mínimo por el pernicioso afán de extravagancias —mejor pudiera decirse de perversión del sentido artístico—, que tantos estragos hace entre los escritores de la nueva generación, Sandoval descubre desde luego en sus poesías que ha sabido educarse en la buena escuela española y que ha logrado aprovechar sus enseñanzas, puliendo y perfeccionando con ellas las cualidades propias de su espíritu.»

Narciso Alonso Cortés, los Quintero, José Juan Cadenas, Francisco de Cossío, Concha Espina, Andrés González-Blanco, Ricardo León, Rafael López de Haro, Santiago Montoto, Pedro Mourlane Michelena, José Muñoz San Román, Arturo Reyes, Valle-Inclán y Antonio Zozaya (quince en total)—, críticos, eruditos, periodistas, novelistas, dramaturgos de relieve a veces notable. Por otra parte, el escaso número (sólo una docena) de quienes persistieron en el cultivo del verso y obtuvieron como poetas alguna fama, llamada a decaer posteriormente —Vahamonde, López Alarcón, Ory, Redel, Sánchez Rodríguez, Sandoval, Mariano Miguel de Val, Vázquez de Aldana, Zurita— o mantenida en ciertos medios críticos —así ocurre con Fernando Fortún, Rafael Lasso de la Vega y Tomás Morales—. Los restantes hasta noventa y cinco, ¿qué se hicieron?

Bastantes de los nombres seleccionados por Eduardo de Ory son poetas laureados en Juegos Florales y certámenes análogos, poetas que, como el palentino Marciano Zurita y el murciano Pedro Jara Carrillo, lograron renombre a partir de tales triunfos; Ory, que también acudió a concursos de esa índole, estaba sin duda bien informado de sus vicisitudes y en la antología incluye —caso del presbítero Pedro Gobernado, de Alberto Casañal, etc.— poemas de dicha estirpe, circunstanciales desde luego y hartamente bien avenidos con el ritual imperante o, de otro modo, nada afectos a la modernidad —caso de *La plegaria del marino* y *El Trabajo*, obra, respectivamente, de los autores que acabo de mencionar—. ¿Gustaba nuestro antólogo de especie poética tan impura por sometida a imposiciones externas que poco o nada tienen que ver con la estética?, ¿deseaba beneficiar en provecho de su antología el renombre obtenido por los así laureados poetas?, ¿suplen estos poemas, sólo aparecidos en publicaciones periódicas, la falta de libros de verso que ofrece la bibliografía de algunos integrantes de *La Musa Nueva*? Cualquiera que sea la respuesta dada, cierto es que la calidad media del conjunto acopiado resulta, a mi ver, poco satisfactoria.

Junto a la insatisfactoria calidad, cabe preguntarse por la tonalidad modernista que muestra *La Musa Nueva*, a lo que contestaré con palabras escritas para *La Corte de los poetas*: «Pienso que no demasiada ni en asuntos, ni en métrica, ni en léxico; creo que el conjunto, más bien poco variado, consta de bastantes piezas ya hartamente consabidas, plenamente decimonónicas (...)» Rezagados poetas de corte decimonónico, acusando inequívocas y muy concretas resonancias, resultaban, de mano del propio Ory, algunos de sus elegidos —(quedó señalado párrafos atrás)—. Añádase que en los poemas de Antonio Arévalo y Luis Ram de Viu es obvia la presencia de un sentimentalismo a flor de piel parejo al de Selgas; Bécquer resuena descarada y torpemente en el poema *Contraste*, de Federico Gil Asensio: los sonetos que firman Tirso Camacho, Santiago Montoto, Antonio Reglero, José Samaniego y Ramón Urbano diríanse plenamente incursos en la temática y en la dicción de los años post-románticos, al igual que lo están las composiciones de los aragoneses Alfaro Malumbres, Basol y Berdejo Casañal.

Algunos usos métricos y la presencia de ciertos asuntos quizá indiquen una leve impregnación modernista en *La Musa Nueva*, sin que en el orden léxico llame la atención nada insólito o extravagante. Registro un poema en cuaderna vía —el descriptivo *Flor de cardo*, de Francisco Antón—; empleo de metros de arte mayor no muy frecuentes entre nuestros poetas hasta el Modernismo —alejandrinos en el poema de Pablo Cavestany, versos de quince sílabas en la descripción-evocación histórica de Narciso Alonso Cortés, versos de dieciséis para la exhortación (*El Trabajo*, Alberto Casañal) y para la doliente estampa de un grupo de vencidos por la vida (*El carro de Tespis*, Francisco de Cossío)—. Al famoso *Noc-*

turno, de J. A. Silva, suena rítmicamente la galardonada composición de Alonso Llamazares, y los alejandrinos de *El reloj de las badas* (Carlos Miranda) poseen rotundidad asimilable a la de tantos versos de J. S. Chocano.

Si nos referimos a asuntos tratados llama la atención, primeramente, la ausencia de poemas que utilicen como núcleo o como pretexto la mitología clásica, tan dilecta a los poetas modernistas, así como la de poemas en todo o en parte eróticos, tentación igualmente gustosa para tales creadores; *Eros*, obra del arqueólogo-bibliotecario Pedro Riaño de la Iglesia, poema premiado en los Juegos Florales de Almería (1901), es una no-sensual exaltación del Amor —que es «caridad», que es «libertad», que es «negación del vano orgullo»—, a cuyo final comparece Cristo, igual a «Amor hecho carne redentora».

Asuntos efectivamente tratados en *La Musa Nueva* son, entre otros, los siguientes: A), la familia —belleza y encanto del hijo (poema de Alfredo Cazaban), canción de cuna que es canción de madre a «la hija de sus entrañas» (Felipe Cortines Murube), amor recíproco de dos esposos en el crepúsculo de sus vidas (Esteban Fernández y González), la madre que vela a su hijo gravemente enfermo (Julio Hoyos), la plegaria del niño antes de acostarse (Isaac Martín Granizo), el regreso del hijo emigrante (Magín Morera y Galicia), el recuerdo del hijo muerto, suscitado por un juguete de su infancia (José Rodao), la madre que calma la fiebre amorosa y desdichada del hijo (Miguel de Siles Cabrera). Ocho poemas en los que impera la sentimentalidad más tópica, el melodramatismo incluso. B), la tristeza engendrada por la vida en gentes jóvenes y aún no adaptadas existencialmente, cuya lamentación puede ser verdadera o, también, simple recurso aprendido, que de todo hubo entre los modernistas; es la tristeza cantada y contada por Manuel Abril —que en *Otoñal* establece la equivalencia otoño-hojas caídas // muchachas sin amor-muerte—, Andrés González-Blanco —que la denomina «hastío»— y José Samaniego —que titula su poema *Tedium vitae*—. Pero la tristeza es, asimismo, cansancio de la vida por el fracaso y la decadencia física, instalada esa tristeza en el alma y en el cuerpo de pobres gentes irremediamente vencidas —caso de los titiriteros ambulantes por «la llanura mustia y seca de Castilla», en el poema que firma Francisco de Cossío y de los payasos (*La tristeza de los payasos*, de Juan A. Meliá), repartiendo alegría pueblo tras pueblo también de «la estepa castellana». Más exterioristas —como si el grupo humano y la invocación al paisaje lo exigiera— y menos íntimos que los anteriormente reseñados, son estos dos poemas. C), presencia de la bohemia, tan querida y alegre o forzosamente practicada por más de un poeta modernista¹⁸. Aguilar y Tejera sitúa el lugar de la levisísima acción de su contemplativo poema *Las ventanas* en «mi cuarto de bohemia»; más importan al respecto *Almas que cantan*, del riojano Alberto Marín¹⁹ —bohemia como libertad, y sus fieles como «almas grandes», soñadores de «quimeras de oro», seres felices en suma—, y *Rima bohemia*, de Gonzalo Molina²⁰ —recuer-

¹⁸ Pudieran aducirse algunos nombres: Pedro Barrantes, Pedro Luis de Gálvez, Armando Buscarini —autor de un breve *Cancionero del arroyo* (Madrid, 1920), prologado por Joaquín Dicenta (hijo) y Andrés González-Blanco, cuyo poemilla *Nostalgia* va dedicado «al bohemio Cuberos»—, «Dorio de Gádex» y, más conocido y tópico, Emilio Carrere, quien en su *Divagación acerca de la señorita Bohemia* escribía (pág. 7 de *Retablillo grotesco y sentimental*. Madrid, 1920): «La Bohemia es la musa bella y trágica del arroyo, que exige el sacrificio de la juventud, como un ídolo sanguinario».

¹⁹ Ory, en la presentación de Marín, afirma que «sus rimas pudieran llamarse hermanas de las de Emilio Carrere».

²⁰ Molina, «un bohemio de la vida», es autor del libro *Rimas bohemias* que al precio de dos pesetas vendía el librero madrileño Gregorio Pueyo en 1909.

do de una apasionada noche de amor, con luna, guitarra y vino—. La efimereidad del gozo, el desencanto y las arrugas que trae el paso del tiempo no empañan para nada la alegría del momento presente que experimentan los protagonistas de tales composiciones. D), ignoro si pueden ser exhibidos como prueba para el rechazo del escapismo o evasiónismo modernista tres poemas de *La Musa Nueva* que tienen como asunto el trabajo humano (trabajo físico, que no intelectual). Alberto Casañal hace en la primera parte de su poema una exaltación del trabajo —causa de «que el mundo se convierta en un edén»— y, en la segunda y última, una exhortación para que todos «trabajemos», si bien esa totalidad es reducida en el verso siguiente al «humilde campesino» y al «sufrido labrador»; no es un castigo el trabajo, aunque otra cosa se diga, sino «la mayor felicidad». Con tan idílico poema contrasta *La vuelta de los cantares*, del periodista riojano Sabino Ruiz, que contempla la ida al trabajo —a fábricas, talleres, surcos— y la vuelta de una muchedumbre misérrima y resignada con su suerte, víctima propicia de la explotación de unos pocos —«(...) el egoísmo / (...) (de) aquel que se enriquece / con la sangre de los míos»—; la oportuna combinación de versos de arte mayor y menor reproduce rítmicamente la marcha desesperanzada y fatigosa de esa especie de modernos esclavos. Alonso Llamazares, que con el poema *Iba solo...* obtuvo la flor natural en los Juegos Florales de León (1901), presenta la figura respetable de un innominado redentor de los oprimidos quien consigue que éstos, una vez liberados y venciendo el primitivo impulso de venganza —«(...) y empuñando los martillos del trabajo / con sus dedos que se crispan de la rabia, / se dirigen a la casa de los amos / a saciar aquella sed que los abrasa»—, se hermanen con los antaño opresores en el cultivo de la tierra, utopía o feliz milagro. ¿Podrían ser las composiciones de Sabino Ruiz y Lisandro Alonso Llamazares ejemplo de poemas sociales modernistas?²¹

Para mí resulta claro que Eduardo de Ory, soldado de segunda fila en la cohorte modernista española, no sintió, a la hora de confeccionar *La Musa Nueva*, una militancia hostil como la que animara en 1905-1906 a Emilio Carrere pues, por ejemplo, llama a Emilio Ferrari (pág. 88) «gran poeta» y en el prólogo coloca, sin menosprecio alguno, los nombres de Núñez de Arce, Balart y Ferrari como mantenedores en su momento del fuego sagrado que hoy atienden los jóvenes y modernos poetas seleccionados. Ory sólo ha querido completar la antología de Carrer y esta complementariedad es característica primera y principal de su labor. Realizada, a lo que parece, con no demasiado acierto, pues hemos advertido ausencias notorias junto a inclusiones rechazables o, cuando menos, dudosas; textos poéticos de circunstancias y calidad poética más bien insatisfactoria; por último, escasa tonalidad modernista del conjunto acopiado. ¿Estaban las cosas de la poesía española por entonces tan revueltas y confusas, tan imprecisas las fronteras entre Modernismo y no-Modernismo como Carrere en 1906 y Ory en 1908 las ofrecían a los lectores de sus florilegios?

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO
Universidad de Oviedo

²¹ Sólo puedo apuntar los datos bibliográficos de la primera obra publicada por el modernista Gregorio Martínez Sierra: *El poema del trabajo*, poemas en prosa; atrio de Jacinto Benavente, 1898.